

# Introducción

## La intervención

Mis padres estaban sentados en el sofá, enfrente de mí, y no estaban nada contentos.

«Jack, ¿no te parece que esta idea es un poco descabellada?»

En la mirada de mi padre se reflejaba la inquietud... otra vez. Tenía las cejas levantadas y se acariciaba la barbilla con la mano.

Mi madre estaba a su lado. Me miraba con los brazos cruzados sobre el pecho, analizándome a fondo. Desde que mi consejero les telefoneó, mis padres se habían visto obligados a reenfocar sus ideas. He descubierto que los consejeros suelen llamar a casa cuando algún alumno ha intentado suicidarse en el compartimiento de un lavabo.

«No queremos que esto te perjudique, Jack», dijo mi madre.

*Cree que no podré soportar la presión.*

«Ha sido un buen intento. A lo mejor es hora de pasar página, o buscar otro objetivo», añadió.

*¿Otro objetivo? ¿Abandonar?*

Había invertido demasiado tiempo y luchado con demasiada intensidad. Y además estaba... tan sumamente... cerca.

Era evidente lo incómoda que resultaba aquella experiencia para mis padres. Lo veía en su mirada y en su postura. Se sentían obligados a hacerme tocar con los pies en el suelo.

Pero yo me sentía obligado a no hacerles caso. De hecho, ya ni les escuchaba. Había desconectado. En ese momento casi podía predecir lo que dirían después, porque ya había escuchado mil veces los mismos argumentos rondándome la cabeza.

Los argumentos venían a decir algo así: ¿quién me creía que era?

¿De verdad pensaba saber más que todos aquellos expertos con sus doctorados? ¿En serio pensaba que mi idea podría funcionar?

«Por mucho que creas en tu idea, Jack, sabemos que nunca saldrá adelante si nadie te deja ponerla a prueba en un laboratorio.»

Estaba agotado. Ya ni me acordaba de cuándo había sido la última vez que había dormido toda la noche. Durante meses mi organismo había funcionado a base de adrenalina. Empecé a preguntarme si aquello era lo que se sentía al tener un colapso.

«Si hubieras descubierto una forma nueva de detectar el cáncer de páncreas, ¿no crees que uno de los médicos te habría dado una oportunidad?»

Casi doscientos científicos. Ninguno de ellos pensaba que mi idea fuera lo bastante creíble.

Lo que no veían mis padres, lo que nadie podía ver, era que en mi mente todo estaba clarísimo. Una gota de sangre en una tira de papel. Eso sería lo único necesario para hacer la prueba de detección del cáncer de páncreas. En realidad era sencillo. Si tenía razón, estaba a punto de conseguir un test de detección precoz innovador, que tendría el potencial de salvar millones de vidas.

Pero si mi idea no llegaba a un laboratorio, todo eso daría igual.

Mis padres se miraron. Por fin estaban listos para tomar una decisión. Sabían que para mí su apoyo era esencial. Sin él, ¿cómo iba a financiar mi investigación, o conseguir los materiales que necesitaba? Después de todo, a mis catorce años, no era precisamente capaz de conducir solo el coche familiar.

«Muy bien», dijo por último mi madre. «Vamos a ver adónde nos lleva esto.»

No fue precisamente un espaldarazo clamoroso, pero era lo único que yo necesitaba.

Mi tío había muerto. Yo llevaba años soportando el acoso escolar y la depresión. Mi idea era lo único que tenía. No estaba dispuesto a tirar la toalla ahora.

No cuando estaba tan cerca.

*Mi test funciona. Sé que funciona. Lo único que tengo que hacer es demostrárselo al resto del mundo. Sólo necesito esa oportunidad.*

# 1

## Mi vida siendo un Andraka

Nací en una casa que, vista desde fuera, se parecía a cualquier otra de nuestra manzana a las afueras de Maryland. Pero por dentro, nuestra casa rebosaba de energía creativa. Mis padres creían que la vida era un gran rompecabezas, y teníamos la agradable misión de desentrañar sus infinitos misterios.

Cuando yo tenía tres años, mis padres me regalaron la maqueta de un río, que medía un metro ochenta y que tenía hasta agua corriente. Mi padre, Steve, que es ingeniero civil, pensó que sería un regalo divertido y educativo. Me pasaba las horas muertas arrojando a mi pequeño río trocitos de espuma y otros objetos. Usaba piedras de distintos tamaños y me quedaba contemplando, totalmente ab-sorto, las múltiples maneras en las que los obstáculos alteraban el recorrido del agua. Mi primer experimento científico fue un éxito rotundo: las pieles de plátano se hunden.

A medida que iba creciendo, hasta un trayecto aburrido en coche se convertía a menudo en una competición intensa e intelectual entre mi hermano Luke y yo. La mayoría de las veces el reto se desataba cuando mi madre, Jane, dejaba caer una pregunta inocente.

«¿Qué pasaría si el Sol desapareciese? ¡Ya!», decía mamá.

¡Al ataque! Desde el asiento trasero, mi hermano y yo competíamos para encontrar la respuesta correcta.

«¡Que la Tierra se saldría de su órbita!», gritaba él.

«El clima se volvería gélido», añadía yo.

Por muy rápido que corriera mi cerebro, el de Luke iba incluso a más velocidad.

«Durante ocho minutos no nos enteraríamos de que el Sol había desaparecido, debido al tiempo que tarda su luz en alcanzarnos.»

Era muy listo y además lo sabía. ¡Fanfarrón!

«¡Eso no es cierto!», decía yo.

«Pues consúltalo», respondía él muy sereno, con pinta de estar totalmente seguro. Los dos sabíamos que tenía razón. Tenía la molesta costumbre de tener razón siempre.

Cuando a mi madre le parecía que ya nos habíamos devanado los sesos lo suficiente con un tipo de pregunta (o, en mi caso, cuando presentía que estaba a punto de montar una de mis pataletas «estoy cansado de este juego»), pasaba abruptamente a otro tema, a veces dejándonos con la palabra en la boca.

«Imaginaos una rana que salta sobre una línea de números. La rana siempre salta el mismo número de casillas, pero no os podemos decir el intervalo. ¿A qué números iréis para atrapar a la rana? ¡Ya!»

Luke y yo balbucíamos distintas series numéricas.

«¡Cero, tres, siete!», gritaba Luke.

«¡Uno, cuatro, nueve!», intervenía yo.

Siempre sabíamos quién había acertado la respuesta correcta gracias a la felicitación de mi madre, que normalmente sonaba a algo así como «Buen trabajo, Luke», seguida de un suspiro tremendamente exagerado que escapaba de mis labios.

No recuerdo un solo momento en que no quisiera ser como mi hermano mayor. Daba la sensación de que él podía conseguir todo aquello que quería, sobre todo si tenía que ver con ordenadores, videojuegos, matemáticas o construir cosas. Sobre todo construir cosas. A Luke, que era dos años mayor que yo, siempre le había encantado la ingeniería. Incluso de niño se paseaba por la casa con su pequeño destornillador plano Phillips, desmontando cosas que luego intentaba volver a ensamblar. A veces se iba de casa y volvía a aparecer al cabo de unas horas con una radio estropeada que alguien había tirado a la basura.

Los sábados por la mañana, cuando la mayoría de los niños ve dibujos animados, yo me despertaba y me encontraba a Luke escondido en algún rincón, trabajando como un científico loco. Cuando

yo me acercaba con mis pasos torpes a ver qué hacía, me echaba una mirada como la de un gato travieso que hubiera atrapado a un ratón y estuviera decidido a proteger su preciado tesoro de cualquier rival. Yo sabía que no quería que le molestasen, de modo que me plantaba a una distancia segura y le observaba. Observar a Luke en acción siempre era mejor que ver dibujos animados.

Cuando tuve edad para asistir a la escuela de primaria, Luke ya me había enseñado a jugar a las damas chinas. Yo era muy competitivo y lo que más deseaba en el mundo era ganarle. Además de aprender los conceptos de la estrategia, jugar contra Luke me daba la oportunidad de ensayar mi mirada de la muerte. Yo fantaseaba pensando que mi mirada penetraría hasta su cerebro, bloqueando sus poderes mentales y otorgándome mi primera victoria. Jugaba y miraba, miraba y jugaba, pero por mucho que entrecerraba los ojos, siempre perdía. Después de las derrotas me lo quedaba mirando intensamente un poco más. Él se limitaba a reírse y a darme palmaditas en el hombro.

«Quizá la próxima vez», decía. Los dos sabíamos que no lo decía en serio.

Aunque su talante jovial me enfadaba aún más, a él no parecía importarle. Siempre estaba saltando a su próxima conquista intelectual.

Los días de lluvia mi hermano y yo luchábamos por obtener el control del ordenador familiar. Era un portátil grande, y me fascinaba ver cómo las letras y los números que tecleaba aparecían en la pantalla ante mis ojos. Cuando estaba en tercero ya podía abrir distintos programas que me permitían pintar o escribir historias. No fue mucho después de que dominara cómo abrir y cerrar el navegador cuando mi tío Ted empezó a descubrirme los poderes de Internet.

«Usa la tecnología», me decía siempre. «Colabora con tu cerebro.»

Y tenía razón. Era verdad. Me resultaba inconcebible la riqueza de información contenida en aquella máquina. Para un niño de ocho años, era como si todos los conocimientos del universo estuvieran al alcance de quien supiese pulsar las teclas idóneas.

Mi tío Ted y yo teníamos un vínculo especial. En realidad, Ted no era mi verdadero tío, pero como yo no había conocido la vida sin él, era parte de la familia. Algunos de mis recuerdos favoritos de la infancia son aquellas mañanas de verano cuando el tío Ted me recogía y me llevaba a pescar cangrejos. La noche antes del día de pesca era como Nochebuena. Sacaba todas mis prendas de vestir del armario y ponía el despertador una hora antes, comprobando una y otra vez que estaba bien programado, antes de irme a la cama. Pero daba igual lo pronto que pusiera la alarma: siempre me despertaba antes de que sonara. Me vestía rápidamente y me quedaba mirando por la ventana de mi cuarto, esperando ver los faros del maltrecho coche azul del tío Ted entrando por el camino de acceso.

Cuando llegaba por fin, subía de un salto al asiento del pasajero. El tío Ted era un hombre grande, corpulento, y su pelo castaño casi tocaba el techo del vehículo.

«Buenos días, Jack. ¿Estás listo?», preguntaba, sonriente.

«¡Sí!»

Nos pasábamos toda la hora que duraba el trayecto hasta su barco cangrejero planificando la manera más eficaz de atrapar la mayor cantidad posible de cangrejos. Llegábamos al barco justo cuando el Sol empezaba a apuntar por encima de la bahía de Chesapeake.

Cuando el tío Ted encontraba un buen punto en la bahía, sacábamos nuestras trampas para cangrejos, que tienen el tamaño de jaulas medianas para perros, y metíamos un cebo de cuellos de pollo antes de sumergirlas en las aguas.

Pasábamos las siguientes horas navegando de un lado para otro, hablando de todo un poco. Sobre todo del futuro.

«¿Ya has decidido lo que quieres ser de mayor, Jack?», me preguntaba.

«Seré médico.»

«¿Por qué?»

«Quiero ayudar a la gente a ponerse buena», le respondía, orgulloso.

Él sonreía.

Después de conceder a los cangrejos tiempo suficiente para me-

terse en nuestras trampas, el tío Ted llevaba el barco de vuelta al lugar donde habíamos dejado la primera, y yo le ayudaba a subirla a cubierta. Ahora éstas chorreaban agua y pesaban más al estar llenas de cangrejos. A veces un cangrejo pequeño se escabullía hacia la libertad, correteando por la cubierta, y mi trabajo consistía en seguirle la pista. Afortunadamente, era más rápido que los cangrejos. Si eran muy pequeños volvía a echarlos al agua, y los animalitos chocaban con la superficie con un pequeño estallido antes de desaparecer bajo las olas.

Hay pocas sensaciones más satisfactorias que el regreso a casa después de un día de duro trabajo atrapando cangrejos. Cuando llegábamos a casa, el tío Ted hacía los cangrejos al vapor y yo extendía hojas de diario en las mesas frente a la casa. Aquella noche nuestras familias se reunían y contaban historias mientras comíamos cangrejos. Usábamos mazos y tenedores pequeños para extraer la carne tierna, hasta que nuestras mesas se convertían en un revoltijo de caparazones de cangrejo, mientras flotaban en el aire los aromas del marisco al vapor y del verano. Desde mi posición en la mesa de los niños escuchaba la risa retumbante del tío Ted. Aunque no lograba escuchar con claridad lo que decían los adultos, su risa era contagiosa. Me quedaba dormido cansado y saciado, escuchando el canto de los grillos al otro lado de la ventana.

Nuestra casa estaba rodeada de bosques. Había pistas forestales en todas direcciones, y Luke y yo nos pasábamos las tardes y los fines de semana explorándolas, sobre todo los senderos más oscuros y zigzagueantes. Veíamos de todo, desde marmotas a ardillas y serpientes. Uno de los senderos conducía a una cañada donde Luke y yo cazábamos salamandras. Les gustaba esconderse debajo de las rocas, y hacíamos turnos levantándolas y atrapando a las salamandras con las manos. Sus cuerpos eran húmedos y pegajosos, adornados por puntos coloridos, y las examinábamos con avidez, observando el modo en que se retorcían y cómo se reflejaba la luz en su piel; luego las dejábamos en libertad. Tras un largo día de exploraciones, llegábamos a casa y encontrábamos en la mesa un plato caliente de macarrones con queso, aguardándonos. Pronto descubrimos que lo único que sabía cocinar mi padre eran macarrones con queso precocinados.

Cuando yo estaba en primaria, mi madre, Jane, a menudo no estaba en casa. Nuestra ciudad, Crownsville, en Maryland, está muy cerca de Annapolis, a cosa de una hora al norte de Washington, D. C., pero mi madre no trabajaba cerca. Cada sábado los miembros de mi familia subíamos a bordo de nuestra ranchera y la llevábamos al aeropuerto, donde ella tomaba un vuelo a Cleveland, Ohio, donde trabajaba como enfermera anestésista. Cinco días después la recogíamos.

La idea de que mi madre fuera una doctora del sueño me fascinaba. En cuanto fui lo bastante mayor como para hablar, empecé a rogarle que me dejase ir con ella a Ohio para verla en acción. Ardía en deseos de asistir a una intervención quirúrgica real. Me había pasado horas viendo vídeos de operaciones *online*. Ver a unos médicos abrir a una persona era más interesante que ver a Luke abriendo una radio. No me producía ningún tipo de repelús. Sin embargo, cuando por fin mi madre decidió permitirnos a Luke y a mí acompañarla en avión a Cleveland, no fue para hacer una visita al hospital. Nos dejó en una granja para pasar toda una semana. En serio. «A los niños les encantan las granjas», dijo mientras se despedía de nosotros. «¡Os lo pasaréis estupendamente!»

Lo pasé fatal. Mi hermano y yo trabajamos según un horario descabellado de doce horas al día, paleando estiércol de vaca e intentando no acabar congelados o quedar sepultados en ventisqueros de dos metros de altura. Nunca había deseado con tantas ganas regresar a Crownsville. Al menos ya sabía que cuando fuera mayor no sería granjero.

Al año siguiente, cuando mi madre encontró un empleo en Washington, D. C., me puse eufórico. Y no fue sólo porque el trayecto hasta esa ciudad fuera más corto y dispusiésemos de más tiempo juntos. Lo más importante era que, ahora que su trabajo no conllevaba usar billetes de avión, ¡yo por fin podría presenciar una intervención quirúrgica de verdad!

Cuando llegó el gran día yo cursaba segundo de primaria. Me vestí con las prendas verdes de quirófano y me lavé las manos con jabones especiales. La intervención fue un procedimiento sencillo. Un médico extrajo un coágulo del pie de alguien. El papel de mi



madre durante el proceso fue desilusionante. Básicamente se pasó el rato observando la máquina administradora de anestesia, lo cual no era muy emocionante. Lo que me sorprendió fue la habilidad y la precisión de los médicos que estaban alrededor de la mesa de quirófano. La operación duró solamente cuarenta minutos, pero yo estuve encandilado cada uno de aquellos segundos. Los médicos parecían muy serenos mientras practicaban la incisión en el pie del paciente.

Cuanto más cosas aprendía por Internet sobre las intervenciones quirúrgicas, más fascinación constante me despertaba el trabajo de mi madre. Mientras estaba sentado con las piernas cruzadas, vestido con mi pijama con dibujitos de pelotas de fútbol, ¡escucharla hablar sobre su trabajo era el mejor cuento del mundo! Me explicaba el proceso químico por el cual los distintos elementos de la anestesia se integraban con el organismo para hacer que las personas cayeran en una especie de sueño profundo en el que no sentían cómo el instrumental de los médicos practicaba incisiones en sus órganos internos. Me costaba entender eso: ¡seguro que yo sí lo sentiría! También me provocaba una gran sensación de asombro. Le formulaba una pregunta tras otra.

Algunas de las anécdotas más interesantes que contaba mi madre se centraban en personas a las que había conocido. Mi favorita era una sobre una señora muy, muy, muy obesa que se presentó en el hospital porque le dolía el pecho. Los médicos decidieron que tendrían que intervenirla, y todo el proceso fue como era de esperar, hasta el momento en que concluyó la operación y la mujer despertó de la anestesia. El personal vio cómo, inexplicablemente, ella metía la mano por entre uno de los gruesos pliegues de su carne. Cuando la mano reapareció segundos más tarde, sujetaba un Twinkie. Los miembros del equipo médico, horrorizados, dejaron lo que estaban haciendo y se quedaron mirando, atónitos, cómo se zampaba la golosina. Más tarde el personal se enteró de que aquél era un juego al que ella jugaba con su marido, escondiéndose golosinas en diversas partes del cuerpo. La explicación que dio a los médicos fue de lo más sencilla: se había despertado de la operación con hambre, así que, ¿por qué privarse?

No pasó mucho tiempo antes de que mamá empezase a aplicar su filosofía esencial del cuidado infantil, que decía que los niños debían estar apuntados a todas las actividades existentes debajo del sol, y que luego eligieran las que más les gustasen.

«La vida consiste en descubrir tu pasión, Jack», le gustaba decir a mi madre. Esto me condujo a un sinfín de experiencias... y fracasos.

Todo empezó cuando mis padres adquirieron un piano para Luke y contrataron a una señora rusa salida del conservatorio para que le diera clases. Yo decidí probar. Para mi deleite, parecía ser el único instrumento que mi hermano perfecto no lograba dominar, y cuanto más iba odiando él el piano, más empezó a gustarme. Lo que más me agradaba era la posibilidad de superar a mi hermano en algo. En cuanto Luke anunció que iba a dejar el piano, di un paso al frente y solicité ocupar su lugar. Al principio me encantó. Practicaba en todo momento (aunque la señora rusa salida del conservatorio siempre decía que no era suficiente), pero la mayoría de las veces para recibir el aplauso educado del auditorio lleno de padres orgullosos durante los recitales. Sin embargo, al cabo de un tiempo empecé a darme cuenta de que ahora que había demostrado que era mejor que mi hermano mayor en *algo*, empezaba a disiparse parte de la emoción que me había provocado tocar el piano.

Mi madre también se mostró muy entusiasta a la hora de apuntarme a hacer deporte, cosa que rápidamente demostró ser una equivocación de proporciones épicas. El béisbol acabó cuando quedó claro que me interesaba mucho más soñar despierto y hacer cadenas de margaritas en el jardín derecho del campo que golpear o atrapar la pelota. El tenis, al que mi madre se refería afectuosamente como «el deporte de una vida», fue incluso peor. Hacía muchísimo calor, y todos los demás chavales llevaban años dando clases y eran mucho mejores que yo. El suelo estaba hecho de arena o tierra batida, de modo que ni siquiera había margaritas con las que hacer cadenas. Si el objetivo hubiera sido recibir pelotazos en la cara, a estas alturas yo estaría a punto de ganar Wimbledon. El *lacrosse*, otra de las ideas de

mi madre, fue casi tan malo como el tenis. Mi madre pensó que el *lacrosse* sería una buena idea, sobre todo porque entonces podría usar el equipo viejo de Luke. Me pasé casi todo el campamento de *lacrosse* incordiando a mis entrenadores porque cantaba (desafinando) usando como micro el palo de *lacrosse*, mientras intentaba evitar que me hicieran morder el polvo.

Los únicos deportes que parecían gustarme eran el kayak y el *rafting*. El agua siempre me había fascinado. Mis padres se habían conocido en un río, o sea que a lo mejor simplemente lo llevaba en la sangre. Los fines de semana mi familia a menudo se trasladaba a Pensilvania o a West Virginia, donde mis padres nos dejaban mientras se iban a hacer recorridos en kayak por los ríos Cheat, Youghiogheny o Gauley. Cuando acababan la ruta, nos recogían para recorrer en balsa un tramo de aguas más tranquilas.

Para mí, el *kayaking* era un subidón. Mi lugar favorito, Cheat Canyon, tenía más de dos docenas de rápidos clasificados como mínimo de clase 3, e incluso algunos de clase 4 y 5, que son sólo para



Aprendiendo a navegar en kayak en el río Nantahala

auténticos expertos. Mis padres me conducían por los puntos más fáciles. Me sentía como un muñeco de acción subido a mi kayak naranja, navegando por la pista de obstáculos de la naturaleza. El río constituía un organismo vivo, que respiraba y tenía muchos cambios de humor. A veces parecía liso y calmo, y de repente el agua me agarraba y me arrojaba como una hoja, y yo salía dando vueltas en una dirección nueva. Fijaba la vista aguas abajo, atentamente, examinando los rápidos e intentando encontrar la mejor ruta para descender por ellos.

A veces, cuando el nivel del agua estaba demasiado alto, paseaba por las orillas con mi perro *Casey*, un golden retriever, y lanzaba piedras y palos al río. Me encantaba construir presas en miniatura y rápidos usando las piedras del río. Imaginaba que las ramitas eran miembros de la familia y los soltaba por los «rápidos», narrando los resultados, para espanto de mis padres.

«¡Allá va mamá, cayendo por la cascada traicionera!», decía.

«¿Y qué hay de papá?», preguntaba ella.



Yo, construyendo una presa con rocas

«Ah, papá está a salvo. Ha rodeado la roca y se dispone a enfilar ese rápido de clase cinco», respondía yo.

Años más tarde, mi madre aún me recrimina que siempre era ella la que acababa mal en las historias.

Yo era el único alumno de primaria que estaba obsesionado por las zonas de recepción de las presas fluviales, que son los puntos de una corriente donde el agua circula como lo haría en una lavadora gigante. Los vertederos también se conocen como «máquinas de ahogar», porque en ellos la fuerza del agua puede mantener sumergidos a los nadadores. Y daba la casualidad de que justo por encima del campamento en el que nos alojábamos a menudo había un enorme vertedero fluvial. Yo siempre quería acercarme hasta allí dando un paseo y, como es lógico, representar todo tipo de dramas con ramitas y piedras en el río. Una vez más, mi madre era la que padecía un destino aciago. ¡Pues que no me hubiera obligado a practicar tenis! Aquellos fueron algunos de los mejores días de mi vida. La naturaleza se portaba bien conmigo.



No pasó mucho tiempo antes de que descubriese otra de mis pasiones, esta vez las matemáticas. Siempre me emocionaba buscar patrones sutiles y resolver problemas. No sólo me gustaba hacerlo, sino que se me daba bien. Pero en mi escuela de primaria no enseñaban muchas matemáticas. ¡En quinto curso aún estábamos aprendiendo las horas!

Aprendí más de matemáticas en casa que en la escuela. Mi madre me traía ejercicios divertidos de mates para estimularme, pero sobre todo fue el tío Ted quien me enseñó una manera nueva de contemplar los números.

Siempre que me veía atascado, tomaba un lápiz y se ofrecía a ayudarme.

«¿Cuál es el problema?», preguntaba.

«Todo», respondía yo.

Su mente funcionaba como una máquina preciosa que conectase todo creando patrones comprensibles. Usando técnicas de visualiza-

ción hacía que mis problemas matemáticos cobrasen vida y salieran de la página.

«Mira, fíjate qué truco te voy a enseñar», me dijo. «Dame siete números. Los que quieras, da igual cuáles sean.»

Yo recité las siete primeras cifras que se me pasaron por la cabeza. Le observé mientras él cogía el lápiz y empezaba a garrapatear con frenesí.

No podía creer lo que veían mis ojos. En menos de diez segundos, después de anotar sólo unos cuantos números, había dividido por nueve un número de seis dígitos. ¡No era posible!

«¡Imposible!»

«Compruébalo.»

Tecléé los números en mi calculadora.

«Es correcto», dije, asombrado.

«¿Cómo has...?»

Me miró sonriendo. Era el tipo de sonrisa que decía que tenía un secreto para compartir.

«Te voy a enseñar cómo se hace.»

Me llevó de la mano por un proceso nuevo cuya existencia desconocía, para hacer cálculos de cabeza. Era un truco superrápido para dividir, que se me quedó grabado de por vida. También fue mi introducción a los cálculos mentales. El tío Ted me enseñaba atajos matemáticos; al calcular y usar rápidamente datos mentales que se guardan en la memoria, como la multiplicación o la división, aprendí a resolver más rápido los problemas.

A partir de ese momento empecé a ver patrones en todo lo que hacía. Gracias a las matemáticas ya no consideraba lo que hacía como algo educativo o remotamente asociado con el trabajo o el colegio. Lo consideraba una manera de resolver los problemas del universo. Algunas noches me escondía bajo las sábanas, estudiando problemas matemáticos a la luz de una linterna, cuando se suponía que debía estar durmiendo.

Mi recién descubierta pasión por las matemáticas me llevó a la revelación de que había algo más que me gustaba y para lo que parecía tener un talento natural: la ciencia.

Siempre me había gustado hacer experimentos. Empecé con los básicos, como calcular el número de libros que podía depositar encima de unos huevos antes de romperlos, o hacer que el agua hirviese a distintas temperaturas usando sal. Cuando llegué a quinto de primaria mis experimentos empezaron a cobrar vida propia. Un día, sólo para divertirme, decidí cultivar en el fogón de la cocina *E. coli*, una bacteria que puede provocar infecciones letales. Aquél fue el último día de experimentos científicos en la cocina. A partir de aquel momento mis padres insistieron en que usara el sótano como laboratorio.

En la oscuridad de un rincón del sótano me enfrascaba en mis experimentos, mientras mi hermano Luke se dedicaba a otros mucho más importantes en el otro extremo. Yo no siempre sabía lo que él estaba haciendo, pero sí lo bastante como para estar asustado. A veces, muy asustado.

Mi hermano y yo siempre estábamos rozando los límites. Un día Luke había desmontado un viejo microondas que había encontrado entre la basura de alguien y estaba fabricando una pistola de rayos que usaba para freír cosas. Yo estaba en el otro extremo del sótano intentando no ser presa del pánico al recordar lo que hacía mi hermano mientras experimentaba con condensadores, que son como pequeñas esponjas que embeben rápidamente la electricidad. Quería averiguar qué pasaría si sobrecargaba unas partículas para crear plasmas con papel de aluminio.

Fue entonces cuando el sótano se quedó a oscuras.

«Habremos fundido un fusible», dijo Luke.

No nos habíamos dado cuenta de que estábamos usando demasiada energía. Nuestros padres no estaban en casa, de modo que Luke se acercó a revisar la caja de fusibles. Pocos minutos más tarde oímos que alguien llamaba a la puerta. Eran los de la compañía eléctrica. No nos habíamos cargado sólo la corriente eléctrica de nuestra casa, ¡sino la de todo el barrio! ¡Huy!

«¿Alguno de los dos ha notado algo fuera de lo normal?», preguntó el operario, paseando la vista con suspicacia por toda la casa.

Luke y yo intercambiamos una mirada, nerviosos.

«No, señor», murmuré.

Para justificar la mentira, me dije que no había pasado nada fuera de lo normal. En casa de los Andraka, al menos, aquélla era una tarde normal.

Aquella noche, cuando mis padres volvieron del trabajo, admitimos nuestro estropicio. En lugar de enfadarse y castigarnos, como esperábamos que sucediera, mamá y papá se quedaron asustados a la par que divertidos, y nos rogaron que tuviésemos más cuidado para no hacer saltar la casa por los aires. Papá concluyó su sermón con una advertencia:

«No debéis hablar nunca de lo sucedido», dijo. «Nunca.» (¡Lo siento, papá!)

A menudo mis padres se encontraban en una posición difícil. No querían que nadie saliera herido, pero al mismo tiempo creían que era importante que Luke y yo experimentásemos y aprendiéramos por cuenta propia. Y el sistema funcionaba. Mi mente se expandía de maneras que no sabía que fueran posibles, y mis padres se habían apercebido. Cuando mi escuela de primaria se negó a adelantarme un curso, mi madre salió de casa y encontró una pequeña escuela autónoma cercana, especializada en matemáticas y en ciencias, donde podría progresar a mi propio ritmo.

La diferencia entre mi escuela autónoma y la pública fue como la noche y el día. Lo primero que descubrí sobre mi nueva escuela cuando empecé sexto fue que los alumnos eran tremendamente competitivos, sobre todo cuando se celebraba un concurso parecido a los Juegos del Hambre, llamado Anne Arundel Country Regional Science an Engineering Fair (Feria Regional de Ciencia e Ingeniería del Condado Anne Arundel).

De forma muy parecida a lo que pasa en los Juegos del Hambre, aquel concurso era un auténtico baño de sangre. Una vez al año, todos los alumnos se reunían en la Universidad de Maryland para enfrentarse unos a otros, proyecto contra proyecto. El último estudiante que quedara en pie obtendría el derecho a vacilar por toda la escuela, además de un ordenador portátil barato. Cada vez que pensaba en ganar el concurso, sentía un chute de adrenalina. Me encantaba competir. Lo daba todo.



También fue a principios de sexto cuando conocí a Logan.

La primera vez que le puse los ojos encima estaba en clase de Matemáticas avanzadas. Ella y yo conectamos de inmediato. Cada vez que el profesor se volvía hacia la pizarra, nos pasábamos notitas.

«¿Quieres sentarte a mi lado a la hora de comer?», le preguntaba.

«Sí», contestaba ella.

No pasó mucho tiempo antes de que nuestra relación evolucionase fuera de las aulas. Pasábamos juntos todo el tiempo posible. Teníamos un vínculo natural, cómodo. Al cabo de poco tiempo la gente dio por hecho que éramos inseparables, y nosotros encantados de que lo pensarán.

«Supongo que somos novios», le dije.

«Guay», respondió.

Ahí estaba. Mi primera novia.

Me regaló un oso de peluche y unos bombones. Como ya estaba en los últimos cursos de primaria, empecé a notar la presión para encajar en el grupo. Estar con Logan me hacía sentirme normal y aceptado. Y ella era la chica perfecta: guapa, inteligente y, sobre todo, divertida.

Lo que más nos gustaba hacer era ir juntos al cine, y luego volver a su casa, donde librábamos batallas de churros flotadores en su gigantesca piscina. No podíamos dejar de reír. Para nosotros todo era divertido. Parecía la vida perfecta.

Sin embargo, cuando llevábamos unas semanas saliendo, comencé a tener la sensación de que algo iba muy mal. Me encantaba pasar tiempo con Logan. Me gustaban las caritas sonrientes que me dibujaba en las notas que nos pasábamos durante las clases, y estar sentado frente a ella en la cafetería, y escuchar su risa fácil. Pero faltaba algo. Se suponía que yo debía sentir por Logan algo que no estaba seguro de sentir. Concretamente, se suponía que debía desear besarla. Y lo cierto es... que no era así. Después de que hubiera transcurrido el primer mes de sexto sin que yo hiciera nada por darle aquel primer beso, supe que Logan también empezaba a preguntarse qué estaba pasando.

Por primera vez una pregunta nueva empezó a darme vueltas en

la cabeza, una pregunta que no tenía nada que ver con los polinomios, los grados de saturación del agua o la elección de una actividad extracurricular.

*¿Qué problema tengo?*